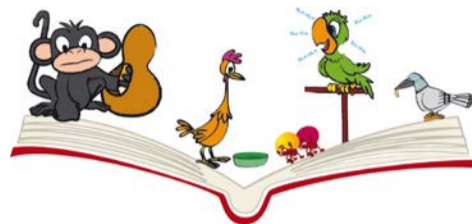


Con el propósito de acercar a las nuevas generaciones a la literatura universal e incentivar su creatividad e imaginación por medio de la creación de obras gráficas, la Secretaría de Cultura convoca a las niñas y los niños a participar en el

CONCURSO DE LECTURA Y DIBUJO INFANTIL

Fábulas: José Joaquín Fernández de Lizardi para niños



B A S E S

1. Podrán participar las niñas y los niños de 5 a 12 años de edad residentes en todas las entidades del país.
2. Los niños tendrán que leer (o pedirle a un adulto que les lea) algunas de las fábulas de Fernández de Lizardi seleccionadas para este concurso, las cuales están disponibles para su descarga en la página de la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura: <http://dgb.cultura.gob.mx>.
3. Con base en estas fábulas, los niños realizarán un dibujo en papel cartulina blanca tamaño carta (21.5 x 28 cm) con técnica libre (lápices de color, crayones, pintura vinílica, acuarela, etc.). Al reverso del dibujo se deberá escribir claramente con letra de molde: nombre de la niña o del niño, edad, teléfono, domicilio y, en su caso, correo electrónico.
4. Los dibujos deberán ser entregados personalmente o enviados en sobre cerrado a:

Concurso de lectura y dibujo infantil

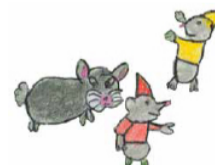
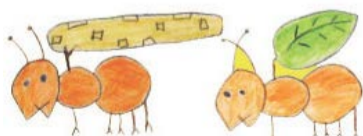
Subdirección de Fomento a la Lectura de la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura, Tolsá núm. 6, Col. Centro, C. P. 06040, Ciudad de México.



La fecha límite para el envío es el **viernes 2 de septiembre de 2016**, para lo cual se tomará en cuenta la fecha del matasellos de

la oficina postal de origen. En caso de que las bibliotecas o escuelas realicen diferentes actividades para participar en el concurso, podrán enviar los dibujos resultado de éstas, juntos en un solo paquete.

5. Los organizadores designarán al jurado calificador, que de acuerdo a criterios de calidad y representatividad nacional, seleccionará los dibujos ganadores, cuyo premio será su inclusión en el libro conmemorativo ilustrado *Fábulas: José Joaquín Fernández de Lizardi para niños*. El resultado se dará a conocer en la página de la Dirección General de Bibliotecas el martes 20 de septiembre de 2016.
6. La participación en este concurso implica la aceptación de las bases y la cesión de derechos de los dibujos seleccionados para su publicación y difusión, tanto en medios impresos como electrónicos.
7. Los aspectos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por el comité organizador.



- Invitamos a los bibliotecarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, así como a los promotores de lectura, maestros y padres de familia a que organicen lecturas entre el público infantil a fin de que participen en este concurso.

MAYOR INFORMACIÓN: Tel. 01 (55) 4155 0800 exts. 3734 y 3719, correos electrónicos: bpalacios@cultura.gob.mx y beatrizpalacios2002@yahoo.com

CONCURSO DE LECTURA Y DIBUJO INFANTIL

Fábulas: José Joaquín Fernández de Lizardi para niños

ÍNDICE DE TEXTOS

El mono y la garza	2
El perro en barrio ajeno	3
El elefante y la hormiga	5
El pastor, el chivo y los carneros	7
Los consejos de la rata	9
La paloma, el cuervo y el cazador	11
El tigre hipócrita y el leopardo	12
Cintia y su criada	13
La espada y el sombrero	15
La tortuga y la hormiga	18
La araña y el chichicuilote	19
El gato y el ratón	21
El martillo y el yunque	23
El mono vano	24
El coyote y su hijo	26
El viejo y las pulgas	28
El zopilote y el falderillo	30
El novillo y el toro viejo	33
Celia y la mariposa	34
El gallo vano y pelado	36
La gata y la mona	38
Esopo y los animales	40

EL MONO Y LA GARZA

Un mono, cierto día,
hallóse un calabozo,
y no tuvo embarazo
en ver lo que por dentro contenía.

Desde el primer momento,
lo escudriñó, atrevido,
lo sonó, y decidido,
le introdujo la mano con gran tiento.

De pronto un gran trozo
encontró desde luego;
y de codicia ciego,
lo asió con fuerza, trémulo de gozo.

Mas ¡ay! en grave susto
se trocó su alegría,
cuando vio que salía
del bosque un cazador fiero y adusto.

Quiso escapar, y en vano
el pobre lo intentaba;
pues el pan no soltaba,
y así entregóse por su propia mano.

El cazador, prudente,
ató al mísero mono;
y éste, con triste tono,
le dijo: Haces muy bien; soy delincuente.

*Así, franco y sereno,
sufrir debe su pena con paciencia,
aquel a quien agobia la conciencia
por empeñarse en retener lo ajeno.*

EL PERRO EN BARRIO AJENO

Con el rabo entre las piernas
caminaba un pobre perro,
por el temor que sentía
de andar en un barrio ajeno.

Su recelar no fue en vano:
pues le vio un can, y, al momento,
ladróle insolente, y otros,
furiosos, lo acometieron
con tal coraje y tal ira,
y con tan feroz empeño,
como si el perrillo a todos
mil agravios hubiera hecho.

A un mismo tiempo, cobardes,
le desgarran el pellejo,
y lo muerden a porfía
y lo arrastran por el suelo.

Él trata de apaciguarlos
exclamando: –¿En qué os ofendo?
¿Qué delito he cometido
ni qué daño puedo haceros?

–Ninguno, bribón, nos haces;
ninguno, responden ellos;
pero tu crimen consiste
en ser aquí forastero.

Así dicen, y, en seguida,
lo atacan todos de nuevo.
En semejante refriega
hubiera quedado muerto,
si a la sazón no pasara
un valiente perro viejo,
cuyo diente acicalado
impone a todos respeto.

Así es que pronto abandonan
sus sanguinarios intentos,
y a nuestro can maltratado
dan libertad desde luego.

Libre ya, sin despedirse,
huyó, cual gamo, ligero;
y entonces el perro anciano
dijo a los otros: – Por cierto
que con tales villanías
ganáis deshonra y desprecio.
De hospitalidad, vosotros
nada sabéis, bien lo veo;
pero tened entendido,
pues viene la cosa a cuento,
que debemos tener siempre
bondad para el extranjero;
y tratarlo con finura,
comedimiento y respeto;
*pues no es crimen para un hombre
nacer en distinto suelo.*

EL ELEFANTE Y LA HORMIGA

Que a un proboscido corpulento y fuerte
un león destrozase
o algún tigre feroz despedazase,
es un hecho posible, bien se advierte;
mas que se diera traza
de privar de la vida a tal bestiaza
una débil hormiga,
nadie lo ha de creer, aunque se diga.
El suceso parece una quimera,
pero, dicen, que fue de esta manera
—según reza una historia,
aceptada por fiel y verdadera—:
Vagando un elefante por la orilla
de una selva, pisó por accidente,
o adrede, a una homiguilla
que quedó lastimada gravemente.
Mientras el pobre insecto se quejaba,
el monstruo, indiferente, continuaba
su camino, dejando
a la mísera hormiga renegando,
y queriendo, de manera sangrienta,
vengarse de la bestia corpulenta,
la que tranquilamente se reía
de cuanto el insectillo le decía.
Éste, restablecido,
llegose a la presencia
del gigante animal, y con paciencia
esperó, entre las hierbas escondido,
hasta que al elefante vio rendido
por un sueño profundo.
Olvidó el proboscido que en el mundo
nos cercan los peligros; y en su anhelo
de hallar descanso grato,
durmiose largo rato,
extendiendo la trompa por el suelo.
La hormiga se aprovecha de tal cosa
y en la nariz del monstruo
se introduce furtiva y cautelosa.

Llega hasta la ternilla,
le aplica su agujijón y la acribilla.
En su afán implacable de venganza,
blande su dardo cruel robusta lanza;
y su tenaz empeño
hace perder al elefante el sueño.
El animal despierta, da un bramido;
por el dolor cruel enfurecido,
se resuelve; despliega
la trompa y la refriega
en las hierbas, las rocas y los troncos.
Sus rugidos fortísimos y roncacos
a todo el que los oye dan espanto;
y la hormiga, entre tanto,
con ahínco feroz y dura saña
con tesón y con maña,
prosiguió la ternilla taladrando
y al gigante infeliz exasperando.
A tan largo martirio no resiste:
con su trompa los árboles embiste;
se contunde, se hiere, se aniquila,
se desangra..., vacila;
y al fin, desesperado,
a la muerte se rinde, destrozado.
Exangüe cayó al suelo;
y entonces la hormiguilla, sin recelo,
salió de la nariz ensangrentada.
Viéndose bien vengada,
profirió estas palabras: *A ninguno
debemos agraviar de modo alguno.
Con mi ejemplo a los hombres les enseño
que ningún enemigo es tan pequeño
como una hormiga coja,
para tomar venganza, si se enoja.*

EL PASTOR, EL CHIVO Y LOS CARNERO

Un joven pastorcillo
conduce, diligente,
de ovejas bien cebadas
un ható; pues pretende
hallarles compradores
que gratos las acepten.
Sírvele de cabestro
un chivo, mas parece
que las mansas ovejas
al chivo no obedecen;
pues al llegar a un río,
trépanse sobre el puente
el pastor y el cabestro;
y desde luego, éste
indica a su rebaño
la senda conveniente;
mas los borregos torpes,
que de guías no entienden,
piensan que el paso a nado
será cosa más breve.
Dan vueltas y revueltas,
vacilan, dudan, temen;
y al fin, un atrevido
a nadar se resuelve.
En vano hace mil señas
desde lo alto del puente,
el guía, que está temiendo
que una desgracia llegue.
El Corderillo osado
al agua entró impaciente;
tras él se arrojan otros;
tres, cuatro, quince, veinte.
Mas, ¡ay! todos se ahogaron.
¡Adversa fue su suerte!
Se queja el Pastorcillo,
de su destino aleve;
y en tanto a los carneros
arrastra la corriente.

*Es loco el que desprecia
un consejo prudente:
el que un capricho sigue,
muchas veces se pierde.*

LOS CONSEJOS DE LA RATA

Una rata moribunda
–madre amorosa y discreta–
a un ratón dijo: “Esta casa
mil enemigos encierra
que te siguen y te espían
cual si fueran centinelas.

“Guárdate de todos ellos;
pero con más diligencia
guárdate del gato viejo
que siempre en la chimenea,
holgazán y descarado,
se solaza y se calienta.

“Uñas tiene, y las esconde
con la malicia más negra;
ve más que un lince, y los ojos
entorna, encapota y cierra;
está siempre murmurando
para que digan que reza;
pero no hay tal, este bicho
afecta mucha modestia,
y es el pillo más infame
que en el mundo el sol calienta.

“Témele mucho, hijo mío,
manéjate con cautela,
porque cuando menos pienses,
entonces tu vida acecha;
y si consigue que caigas
en sus uñas, no la cuentas.

“Es hipócrita el tal gato;
y esos viles tienen ciencia
para dañar cuando halagan,
para matar cuando besan.”
Dicho esto murió la rata.

*Yo venero su prudencia;
todo enemigo es temible,
y mucho más, si aparenta
la amistad que no conoce
o la virtud que desprecia.*

LA PALOMA, EL CUERVO Y EL CAZADOR

Se hizo amiga de un Cuervo una Paloma,
y algún tiempo después tan bien graznaba
que, al oirla sin verla, era forzoso
que todos por un cuervo la tomaran.

Fue tal su aplicación, que en breve plazo
a robar aprendió con arte y maña.
¡No es raro!, ¡ya se ve! con tal maestro
debió salir muy hábil la oficiala.

Muchos granos de trigo, uno por uno,
de cualquier sementera se robaba;
y hurtó tanto, que al fin los labradores
cansados, acordaron atraparla.

Ella, que sus ardides no conoce,
cayó indefensa en la traidora trampa
y al llegar a las manos de un labriego,
a sabroso manjar fue destinada.

Se aflige la infeliz y se disculpa,
diciendo que un mal Cuervo la enseñaba
a graznar y robar. –Pues no te vale,
contesta el labrador, tu excusa vana.

Si con otras palomas anduvieras,
o te quedaras metidita en casa,
no serías ladrona ni atrevida,
ni te vieras al plato destinada.

Mas ya que con el cuervo te juntaste
y aprendiste tan bien sus malas mañas,
yo te asaré a la noche, y con tu vida
pagarás las espigas que me faltan.

*Siempre tiene mal fin el insensato
que con gente perversa se acompaña.*

EL TIGRE HIPÓCRITA Y EL LEOPARDO

Tengo yo un corazón muy compasivo:
el dolor y abandono de ese pobre
Tigre –mi caro hermano– me contrista.
¡Que Júpiter alivie sus dolores
y le conceda bienhechor consuelo!
Así en los riscos de escarpado monte,
un hipócrita Tigre lamentaba
los males de otro Tigre, a quien rigores
de la adversa fortuna perseguían.
Mientras fingido sentimiento expone,
escuchábanlo varios animales,
entre ellos un Leopardo de renombre,
el cual habla con sorna al falso amigo
y le dice: –Buen Tigre, se conoce
que eres piadoso, que amas al enfermo:
su triste situación no se te esconde;
te muestras compasivo y pesaroso:
pero dí con franqueza ¿lo socorres?
¿Partes con él la carne cecinada
que guardas y que a veces se corrompe?
Muere el paciente de hambre. Y tú ¿qué dices?
–“Perezcan todos, como a mí me sobre.”
Si eres, pues, tan cruel, si eres hipócrita,
si esclavo vives de avaricia torpe,
no con labio falaz, así profanes
de sincera amistad el sacro nombre.
Ya que en tu corazón no tiene abrigo
esa augusta virtud que desconoces,
a la vista del mísero, enmudece;
con falsa compasión no lo incomodes.

CINTIA Y SU CRIADA

Muy satisfecha Cintia,
sus gracias contemplaba,
en pie, frente al espejo,
una hermosa mañana.
Después de unos instantes,
da un grito y se desmaya,
porque ve sus mejillas
descoloridas, pálidas.
–¡Ay, Aminta! ¿qué es esto?
preguntale a su criada;
¿qué es lo que me sucede?
Los colores me faltan.
–Señora, no se asuste,
responde la bellaca:
si está usted más hermosa
que la naciente alba.
–Te equivocas, Aminta;
pálida está mi cara.
–Es aprensión, Señora:
está usted sonrosada;
y tanto, que la rosa,
la púrpura y la grana,
junto a la faz tan linda
de usted, veránse blancas.
La cosa en mí consiste;
yo cometí la falta
de no limpiar la luna,
dejándola empañada.
Pero usted está bella,
muy arrogante y sana;
y envidia sus hechizos
darán a cualquier dama.
Agradecida Cintia,
contéstale a su Criada:
–Buen susto me has quitado:
se conoce que me amas.

Así, ni más ni menos,

*al vanidoso engaña
aquel que con lisonjas
sus defectos solapa.*

LA ESPADA Y EL SOMBRERO

–¿Qué no me ves compañero,
qué guapa y qué noble soy?
Siempre lado a lado voy
del rey y del caballero.

Una espada muy ufana
así a un sombrero decía.
Él replicó: –Amiga mía,
poco a poco, no seas vana.

Yo tengo mayor nobleza,
y nunca hablo tan hinchado:
El rey me lleva, no al lado,
sino puesto en la cabeza.

–Conozco, clamó la Espada,
tu nobleza y cortesía;
mas no tienes valentía,
en eso no vales nada.

Yo castigo al delincuente;
del noble guardo el honor;
al cobarde doy valor
y defendiendo al inocente.

Gloria doy en las campañas;
en la ciudad, brillantez;
y el militar, honra y prez
adquiere con mis hazañas.

Me presto a las diversiones
muy jovial y placentera;
y soy el arma primera
que honran las cultas naciones.

A todo esto ¿qué replicas,
cuando es todo tu poder
dar sombra y buen parecer

a gentes pobres o ricas?

–Vales poco, y en verdad,
clama el Sombrero, te digo
que nunca harás un amigo,
ni reharás una amistad.

Cierto es que jamás dejé
una ciudad destruida,
ni he combatido en mi vida,
ni campañas asolé.

Que nunca tuve, no ignoro,
vivas y aplausos rastreros,
ni he servido a maromeros,
ni he matado ningún toro.

Si acaso intentas probar
que eres útil por ser fuerte,
mira lo que haces, y advierte
que bien pudieras errar.

Que hagas bienes, no es extraño;
mas tus instintos fatales,
más que bienes, causan males:
yo jamás infiero daño.

Paz, amistad y contento
lleva en pos mi cortesía;
con tu violenta osadía
llevas desgracias sin cuento.

Por todo esto, yo no apoco
tus servicios, eso no;
solamente quiero yo
que no me tengan en poco.

De tu rigor inhumano,
puedo muy bien remediar
los agravios, con pasar
de la cabeza a la mano.

Y más de mil que tú has hecho,
yo he reparado, Señora:
¡Vamos a ver! dime ahora
si no soy de honra y provecho.

La Espada, que era de Astorga,
no dijo: esta boca es mía.
El Sombrero bien diría,
puesto que quien calla, otorga.

*En efecto, el sombrero
hace más amistades que el acero.*

LA TORTUGA Y LA HORMIGA

En un pozo, una Tortuga
a cierta Hormiga decía:
–En este mísero invierno,
dime ¿qué comes, amiga?
–Como trigo, le responde,
y maíz y otras semillas,
de las que dejo en otoño
mis bodegas bien provistas.
–¡Ay! ¡dichosa tu! exclamaba
la Tortuga, muy fruncida:
¡Qué buena vida te pasas!
¡Qué bien te tratas, vecina!
Mientras yo ¡pobre de mí!
en este pozo metida
todo el año, apenas como
una que otra sabandija
–Pero en ese largo tiempo
¿qué haces?, pregunta la Hormiga.
Y la Tortuga responde:
–Yo, a la verdad, día por día
me estoy durmiendo en el fondo
de este pantano o sentina,
y es raro verme, en el suelo
arrastrando la barriga.
–Pues entonces no te quejes,
le contesta la Hormiguilla,
de las hambres que padeces,
ni de tu suerte mezquina;
porque es ley muy natural,
al mismo hombre prevenida,
*que al ser que nunca trabaja,
la penuria lo persiga.*

LA ARAÑA Y EL CHICHICUILOTE

En su tela pillaba –cuidadosa,
solícita y ligera–
una araña a una mosca, y la ligaba
a fin de que no huyera;
pues siendo una comida sustanciosa
el bicho aquel, la araña deseaba
ofrecerlo en obsequio a una amiguita,
de la cual esperaba la visita.

Tendiendo hilo tras hilo,
a su víctima guarda diligente;
mientras un Chichicuilo,
que se encontraba ahí por accidente,
la mira con sorpresa,
y, fingiéndose bueno y compasivo,
así le dijo con acento altivo:
–Araña vil, insana,
monstruo de las arañas, fementida,
malévola, tirana,
¿por qué implacable privas de la vida
a esa inocente mosca? ¿en qué te daña,
para que no se libre de tu saña?

¡Ay, pobre animalito!
¡Triste de ti que sufres y padeces
la muerte sin delito!
¡Oh víctima infeliz, pobre mil veces!
¡Quién gabilán o gerifalte fuera
para librarte de esa bestia fiera!

–Noble Chichicuilote
(clamó la Araña en tono malicioso),
veo que aspiras al excelso mote
de paladín de moscas, generoso;
mas si por una sola me condenas,
¿por qué tú te las tragas a docenas?

Quedóse confundido

el Chichicuiló; no responde, calla;
se retira fruncido,
diciendo para sí: *Cuando uno se halla
manchando con acciones criminales,
no deben reprochar faltas veniales.*

EL GATO Y EL RATÓN

A un ratón escondido en su agujero,
acechaba un gatazo marrullero.
El cauto roedor estaba alerta;
y acercándose a veces a su puerta,
como libre de riesgos se juzgaba,
tranquilo contemplaba
al gran Michirriman que, diligente,
esperaba cazarlo fácilmente;
mas viendo que no logra, al infelice
en las uñas tener, así le dice:
–Ven, ven! dame la mano,
vamos a pasear, querido hermano;
en ti ninguno piensa;
te llevaré a visita a la despensa,
y allí, de los manjares al hechizo,
se abrirá tu apetito, y de chorizo
te hartarás, y de queso, y de cecinas
y de otras mil sabrosas golosinas.
Así verás, amigo, que te quiero
y que me pesa verte en tu agujero,
tan joven, convertido en ermitaño.
Vamos, pues, saca el vientre de mal año
ahora que la fortuna te convida
con una mesa rica y bien servida.
–Señor don gato, estimo sus favores,
pero tengo indispuestos los humores,
y el doctor me ordenó que coma poco.
–Ese médico es loco;
si pensara con juicio,
a fe que te ordenara el ejercicio
que cuando bien se aplica,
el solo cura más que la botica.
¡Animo! Sal, no vivas encerrado
y verás cómo vuelves aliviado.
–Francamente, no puedo,
le responde el ratón.
–Me tienes miedo,
bien se conoce, y tienes mil razones,

pues piensas que devoro a los ratones.
De joven, atraparlos fue mi anhelo;
ahora que soy viejo ni los huelo.
Cree, pues, lo que digo;
sal sin temores porque soy tu amigo.
Aunque me halle de uñas bien armado,
no soy un gato mal intencionado.
Puedes, joven amigo, estar seguro
de que te quiero bien, y te lo juro.
–Si no te conociera,
dijo el ratón saliera;
pero ya te conozco mentecato.
¿Cómo no has de ser malo, si eres gato?
Te comiste a mi padre,
lo mismo hiciste con mi pobre madre;
y en tus dientes y manos
perecieron también mis dos hermanos;
el mayor y el más chico,
mas yo no te daré por el hocico,
que si por ti he quedado
huérfano y solo, estoy escarmentado.

*Si el mal ajeno te hace cauteloso,
cuéntate por dichoso.
Esto dijo el ratón, que era prudente.
¡Oh!... ¡si pensara así toda la gente!*

EL MARTILLO Y EL YUNQUE

—¿Por qué yo he de sufrir eternamente
los golpes que me das sin miramiento,
si es el mismo de entrambos el origen
y si de un mismo fierro nos hicieron?

A esta queja que el yunque formulaba,
así el martillo respondió, discreto:

—Ni tú debes quejarte de tu suerte,
ni yo debo jactarme de mi empleo;
con el mismo metal nos han forjado;
ambos fuimos hechura de un herrero
que sabía las reglas de su oficio
y que obró, al fabricarnos, con acierto.

Para mazo, serías muy pesado;
para yunque, sería yo pequeño;
además por motivos que yo ignoro,
nos han dado la forma que tenemos,
a fin de que sirvamos igualmente
en las faenas que cumplir debemos.

—Me rindo a la razón. Me ha convencido
tu discurso sensato. No me quejo,
ni más me quejaré de mi destino;
sino antes bien lo cumpliré contento,
si doy provecho en él, pues soy la obra
de las hábiles manos de un herrero.

¡Oh qué yunque tan dócil! ¡Qué martillo
tan justo en sus palabras y tan cuerdo!

*¡Cuán felices los hombres, si aprendieran
a seguir con prudencia vuestro ejemplo,
conformándose todos con su suerte
y del Cielo acatando los decretos!*

EL MONO VANO

Un mono presumido
que en palacios se crió,
a los bosques huyó
de sus mejores ropas revestido.

Se presentó a los monos
haciendo cortesías,
con dos mil monerías
y hablando con ridículos entonos.

Al pronto, ante su vista,
los monos se aturdieron.
–¿Quién será éste? dijeron:
¡Júpiter con sus rayos nos asista!

Mas poco a poco el susto
se les fue disipando;
fuéronse acercando
y lo reconocieron a su gusto.

–¿Qué es esto, compañero?
un mono le decía;
y el vano respondía:
–Háblame como se habla a un caballero.

Advierte, desdichado
que de la mona gente
soy yo muy diferente,
porque soy hábil, rico y bien plantado.

En medio de este entono,
hizo cierta cabriola;
se le salió la cola,
y todos le dijeron: –Eres mono.

Eres mono, aturdido,
y mono como todos;
aunque por raros modos

te quieras disfrazar con el vestido.

Con igual desenfado,
lo mismo diré yo
al rico que creyó
que no es igual al pobre desdichado.

*De un padre descendemos;
mil pasiones sentimos;
enfermamos, morimos
todos, y ser iguales no queremos.*

EL COYOTE Y SU HIJO

Muy formal y circunspecto,
dijo un coyote a su hijo:
Jamás a robar aprendas,
que es un execrable vicio;
nunca extraigas las mazorcas
de la milpa del vecino,
ni sus gallinas atrapes,
ni le comas los pollitos;
ni, en fin, con malas acciones
causes a nadie perjuicios.
Haz con todos lo que quieras
que todos hagan contigo,
pues sólo de esta manera
vive un coyote bien quisto.
Así lo haré, señor padre,
contesta dócil el chico.
El coyote, satisfecho
de sus consejos prolijos,
fuese... ¿A dónde? A un gallinero,
y en él su feroz instinto
destroza a los animales:
ni uno solo deja vivo.
Al amanecer regresa,
relamiéndose el ocico;
mas con tan mala fortuna,
que su vil gallinicidio
y todas sus fechorías
tuvieron como testigo
al hijo aquel a quien daba
sus consejos de continuo.
Tal hijo siguió los pasos
de su padre, llegó al sitio
de la matanza; y vio todo,
de las sombras al abrigo.
Por ese ejemplo animado,
nuestro joven coyotito,
imita los proceder
del señor coyote viejo.

Cuélese a un corral, de noche
y consuma un sacrificio,
si no de pavos y patos
sí de rechonchos pollitos.
Sábelo el padre, y, airado,
estas palabras le dijo:
Bribón, olvidas muy pronto
mis advertencias y avisos.
¿No te recomiendo siempre
que a nadie le hagas perjuicio?
Es cierto, mi señor padre
—el joven clama contrito—:
mas como vi cierta noche,
en que os seguí con sigilo,
que vos matabais gallinas,
yo, a mi vez, maté pollitos;
creyendo que con tal acto
no incurría en un delito.
Vos comisteis a las madres
y yo devoré a los hijos.
Nada respondió el coyote;
quedóse mustio y corrido;
y comprendió que *un consejo
aun dado con mucho tino,
no es eficaz, sino al lado
de un buen ejemplo continuo.*

EL VIEJO Y LAS PULGAS

Tanto acosaban las pulgas,
una noche, a un pobre viejo,
que ni un rato le dejaban
gozar de tranquilo sueño.
Lleno de rabia, el anciano
hace alguaciles sus dedos;
los que hurgando en almohadas,
entre sábanas y cuerpo,
buscan pulgas y pulgones
y los juzgan como a reos
de inaudito *viejicidio*,
que estiman cual sacrilegio.
Tuvo el Viejo la fortuna
de atrapar, en su pescuezo,
unas Pulgas, y al instante
les dio muerte sin remedio;
y pensando que tal acto
era cosa de provecho,
acostose, deseando,
obtener calma y sosiego.
A poco rato, una Pulga
lo molesta; después vienen
con sus duros agujijones
a molestarlo otras ciento.
Él, en verdad, procuraba
aplastarlas desde luego,
pero las que no morían,
no cesaban en su empeño
de acribillar por doquier
las carnes del pobre Viejo.
Cuando éste a matar llegaba
algún miserable insecto,
se daba la enhorabuena
esperando dormir quieto.
Todo en vano: pues al punto,
muchos enemigos nuevos
hacíanlo estar en vela
y en constante movimiento;

hasta que al fin enfadado,
aburrido, sin sosiego,
en tono iracundo dijo:
¡Oh diablos de animalejos!
Es inútil que presuma
gozar de tranquilo sueño,
pues aunque mate mil Pulgas,
vienen otras mil de nuevo.
No hay más, sino conformarme
con lo que me ofrece el tiempo;
pues que las penas, al hombre
siguen cual la sombra al cuerpo.
Y si la suerte nos libra
de una, diez, cuarenta o ciento,
nos quedan a retaguardia
lo menos millón y medio.

*De este anciano debiera
tomar consejo,
todo aquel que en sus cuitas
no halla consuelo.*

EL ZOPILOTE Y EL FALDERILLO

Un viejo zopilote, cierto día,
con un caballo muerto fiesta hacía.
Lo mira un falderillo, y, atrevido,
así le dijo en tono presumido:
—¿Eres tú el zopilote?
¡Qué animal tan horrible! ¡Qué feote!
¡qué prieto! ¡qué tiñoso!
¡qué zancón, y qué sucio y asqueroso!
Si de noche te viera,
por coco de los perros te tuviera.
¡Fucha! ¡Oh pajarote aborrecido,
que come carne de animal podrido!
¿Dime, no te da pena
cuando miras, en mí, cosa tan buena?
¿No me ves tan bonito,
tan blanco bañado y aseadito?
Tú eres tan repugnante y tan grosero,
que sólo de mirarte me exaspero.
El pobre zopilote proseguía
comiéndose la carne que podía,
y pensando que a un necio
se debe contestar con el desprecio.
Mas el perro insolente
lo siguió maltratando duramente,
diciéndoles: —Ni un nombre
tienes, individual; y que te asombre
el que yo tengo, noble y exquisito:
Me llamo *Marquesito*.
Mi ama la señorita
en sus faldas me pide la pancita;
me tusa, me enlistona, me adereza
y luce en todas partes mi belleza.
Como bizcochos, bebo chocolate,
y jamás he dormido en un petate.
Larga, en fin, la llevaba
el perrillo modaz que lo insultaba;
por tanto, el zopilote,
enfadado, le dijo: —Retontote,

eres bonito, quedo satisfecho,
¿pero sirves acaso de provecho?
–Sí, señor, dijo el perro, sirvo tanto
que a los gatos espanto
en muchas ocasiones
para que no se coman los ratones.
Me siento, sé bailar, hago el soldado
y estoy de centinela bien plantado;
ladro, hago fiestas, brinco a troche y moche,
asomo la cabeza por el coche,
pido con las manitas
golosinas a todas las visitas,
si veo que algo llevan a la boca,
y mi actitud a risa las provoca;
y si quieren jugarme algún engaño,
les ladro y aun la ropa les araño.
Si algún extraño pasa
por donde estoy, aturdiré la casa;
y si el tal se descuida,
de seguro le planto una mordida,
en fin, sé hacer el muerto,
sé también... –Basta ya, mas ten por cierto,
dijo con tono airado
el zopilote al perro deslenguado,
que por hazañas tales
mereces veinte palos muy cabales;
pues entre tus oficios,
los que no son perjuicios,
son unas boberías
y hasta majaderías.
Escúchame ahora, loco,
y verás que no sirvo yo de poco.
Es cierto que soy feo,
y siempre que bebo agua, bien lo veo.
Sabia Naturaleza
me negó el frágil don de la belleza,
pero en cambio, preciosa facultades
me dio para librar, a las ciudades,
de carnes corrompidas. A ello aplico
con gran solicitud mi fuerte pico;
y ésta sí es una cosa

incomparablemente provechosa
al pueblo, a la ciudad y aun al Estado,
por lo cual soy de todos apreciado.
Yo epidemias evito; y a los hombres
libro de pestilencias; no te asombres
de que, al hallar en mí tal conveniencia,
favorezcan y cuiden mi existencia.
Y aunque desagradable
sea mi aspecto, soy muy apreciable
a individuos sensatos,
a despecho de perros y de gatos.
Si no estás convencido,
replícame, faldero presumido,
y dime si otro tanto
harás con tus primores y tu encanto.
Frasas tan convincentes
al perrillo aniquilan; y entre dientes,
exclama: *–No es cordura
juzgar a nadie mal por su figura:
la tuya, que ha inspirado mi desprecio,
un gran mérito encierra: soy un necio.*

EL NOVILLO Y EL TORO VIEJO

Hicieron unas fiestas en un pueblo,
en las que no faltaron sus toritos,
porque lidiar los hombres con los brutos
en la mejor función es muy preciso.
Pasadas ya las fiestas, se juntaron
en el corral de Antón un buen Novillo
y un Toro de seis años, que mil veces
al arado de su amo había servido.
A los dos torearon en las fiestas,
y por esta razón fueron amigos.
Conociéronse luego, y con espanto
el Novillo al Buey viejo así le dijo:
—Escucha camarada, ¿por qué causa,
cuando los dos jugamos en un circo,
yo salí agujereado como criba
y tú sacaste tu pellejo limpio?
Entonces el Buey grave le responde:
—Porque ya yo soy viejo, buen amigo;
conozco la garrocha, me ha picado;
y así al que veo con ella nunca embisto.
Por el contrario, tú, sin experiencia,
como Toro novel y presumido,
sin conocer el daño que te amaga,
te arrojas a cualquier precipicio,
y por esta razón como un arnero
sacaste tu pellejo y yo el mío limpio.
—Pues te agradezco mucho, amado hermano
—dijo el Torete—, tu oportuno aviso.
Desde hoy ser ya más cauto te prometo,
pues por lo que me dices, he entendido
que es gran ventaja conocer los riesgos,
y saberse excusar de los peligros.

CELIA Y LA MARIPOSA

Estaba Celia hermosa
una noche leyendo entretenida,
cuando una mariposa
entró en el aposento, y, aturdida,
en torno de la luz tanto giraba
que las alas a veces, se quemaba.

La ve Celia y le dice:
Mariposilla incauta, considera
que, víctima infelice,
morirás en la llama lisonjera
que tanto te apasiona y te provoca.
Desengáñate, pues, y no seas loca.

No te acerques, detente;
huye, que ruina cierta le prepara
a tu vida inocente
esa llama brillante, esa luz clara,
entre cuyos, ardientes resplandores
sólo hallarás desgracias y dolores.

Esa llama es un fuego
inclemente y voraz; y en trance duro,
por tu apetito ciego,
te verás, pues deleite
el fuego te parece; mas placeres
hallar en esa lumbre nunca esperes.

Es, como amor, la llama.
Huye, Mariposilla, su presencia.
Mira que Celia te ama
y te habla con grandísima experiencia.
Lejos, amor y fuego disimulan
su veneno, de cerca ya no adulan.

Huye, pues, de los voraces
incendios que delicias consideras;
huye antes que te abrasas;

admite mi consejo antes que mueras.

*¡Oh cuántas mariposas racionales
deben aprovechar avisos tales!*

EL GALLO VANO Y PELADO

Cacareando y sin plumas salió un Gallo
de una cruda refriega,
en que por poco llega
el de su fin amenazado fallo.

Pero habiendo escapado de la muerte,
entró en una gallera
donde contó su historia verdadera
con cuatro vanidades de esta surte:

—Yo era por cierto Gallo muy famoso,
en extremo valiente;
peleaba diestramente
y era de pluma con primor hermoso.

Ni uno hay entre vosotros, camaradas,
que tenga como yo tal gallardía.
Mi amo por mi cola se moría
y por mis plumas lindas plateadas.

Mi cresta era una rosa,
mi pecho... —Bueno está, señor Pulido
—le dijo un Gallo habado muy erguido—;
¿pero a qué viene semejante prosa?

Ni niego su riqueza ni la alabo;
pero su vanidad me causa risa,
después que lo han dejado sin camisa,
rotas las alas y pelado el rabo.

Criar nuevas plumas ya será oportuno
y valor que las obras acreditan;
mas si ambas cosas otra vez le quitan,
no cuente vanidades a ninguno.

Porque al pobre que cuenta que ha tenido,
y humos de rico ostenta y apetece,
ser tenido por loco merece,

pues olvido lo que es por lo que ha sido.

*Al que se ve en miseria declarada,
y porque alguna vez se vio dichoso
se precia de esto vano y orgulloso,
la fábula le está que ni pintada.*

LA GATA Y LA MONA

Involuntariamente
quebró un vaso una gata,
por coger una rata,
en la que al fin logró poner el diente.

Con ella retozaba
descuidada y contenta,
sin advertir que, atenta,
una insolente mona le miraba;

y altiva, y orgullosa
y airada, le decía:
¡Hacer tal fechoría
y ponerse a jugar? ¡Valiente cosa!

¡Que morirás sospecho!
y si yo aquí mandara,
al punto te ahorcara,
pues causas males sin dejar provecho.

Tienes muy torpe el paso,
la vista oscurecida,
y eres tan aturdida
que al pillar un ratón, rompes un vaso.

En fin, eres tan mala,
que si mi gata fueras,
muy pronto perecieras,
o al menos te mandara a noramala.

—Pues si es usted tan diestra,
responde enardecida
la gata, ¡por su vida!
¡favorézcame, siendo mi maestra!

Porque..., o yo estoy demente,
o quien tanto murmura
estará muy segura

de cazar los ratones diestramente.

Con burlesco tonillo,
replicó la monita,
–¡Tanto se necesita,
necia, para coger un ratoncillo?

–No, no tanto, señora,
le responde la gata...
¡Ay!... se me fue la rata
por un descuido; píllemla ahora.

No es difícil hacerlo,
pues va la rata herida,
no encuentra su guarida
y será prisionera sin quererlo.

La mona, atolondrada,
corriendo con torpeza,
se rompió la cabeza
por coger a la rata, y no hizo nada.

La gata: –¡Quién diría,
clamó, que una maestra,
siendo tan poco diestra,
a censurarme tanto llegaría!

¡Oh gata socarrona!
Alabo tu descoco.
*Criticar cuesta poco,
¿pero hacer...? eso sí, como la mona.*

ESOPO Y LOS ANIMALES

Esopo, aquel excelente
e ingenioso fabulista,
de cuyo talento tienen
hasta los niños noticia,
a mudar temperamento
fue un día a cierta quinta
que de animales estaba
con abundancia provista.
Y, según dicen, Esopo
tuvo la prerrogativa
de comprender a los brutos
el habla o lengua natía;
y para él, por tanto, era
ocupación divertida,
oír de los animales
las pláticas peregrinas.
Una vez oyó que todos
de su suerte maldecían,
y que todos envidiaban,
de sus colegas, la vida,
clamaba el corcel: –¡Quién fuera
cornero! ¡Por vida mía!
Este afortunado logra,
en buena caballeriza,
existencia deliciosa,
muelle, holgazana y tranquila.
Come y bebe, y mucho ronca
sin hacer cosa maldita;
mientras yo, ¡pobre de mí!
o voy cargando la timba
de mi ridículo dueño,
o me paso muchos días
en una argolla amarrado.
Por su parte, profería
el carnero amargas quejas:
del Caballo tiene envidia.
–¡Oh, dice, qué vida pasa
este flojón! Bien lo cuidan,

lo engalanan y pasean,
lo bañan y lo acarician,
lo calzan...; y la cebada
con diligencia le limpian.
A fe que a mí, prisionero
siempre en esta bartolina,
nadie me halaga, y me arrojan
con desprecio la comida.
Y en lugar de que me aliñen,
Y en lugar de que me vistan,
la poca lana que tengo,
cuando quieren, me la quitan
Dice el asno: –Si yo fuera
cochino, me pasaría
largas horas regaladas,
sin esa labor continua
que de mí exigen, a trueque
de una pastura mezquina.
–Y si yo fuera jumento,
clama el puerco, gozaría
más libertad, más salud,
y también más larga vida.
El gorrion por otra parte,
envidiaba a la gallina;
y el mastín, al falderillo.
En fin, en fin, daba grima
ver a todos devorados
por el fuego de la envidia.
Esopo que escuchó todo,
y que todo lo entendía,
dijo al caballo, en la oreja:
–El carnero, cuya vida
tanto anhelas, será pronto
pábulo de mi barriga,
al cordero dijo: –Advierte
que ese caballo que admiras,
sufre el acicate y freno
que mucho lo mortifican;
con el peso de mi cuerpo
largas horas de fatiga,
y al fin morirá en campaña

acribillado de heridas.
Al asno dijo: Del cerdo,
por cuya vida suspiras,
dentro de pocas semanas
verás la sangre en morcillas.
Al gorrioncillo aconseja:
No envidies a la gallina,
pues la verás esta noche
en un asador bien frita;
y si yo te concediera
la libertad a que aspiras,
fuera manjar desde luego
de algún ave de rapiña.
Así, pues, todos supieron
la suerte que correrían
si unos con otros cambiaban
su estado. No obstante, brinda
Esopo a todos su ayuda
para que muden de vida;
y, cortés, suplica a todos
que, lo que quieran, le digan.
Todos callaron. Ninguno
desde entonces solicita
trocar con otro su suerte,
y contentos hasta el día
con la suya, viven libres
de temores y de envidias.
*Así el hombre viviera,
si la suerte que envidia conociera.*